

IRIS

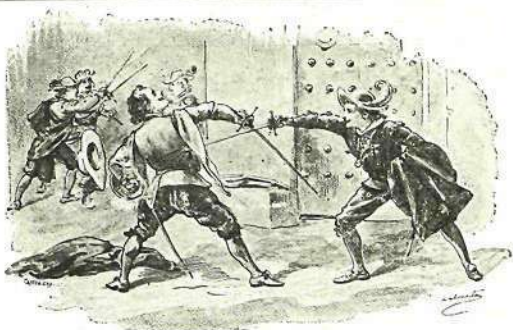


ADMINISTRACION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCION Y REDACCION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES
DE LOS

MAS CELEBRES AUTORES
CONTEMPORANEOS

Profusamente ilustrado. — Un
tomo en tela, 5 pesetas.

LOS TRES GUARDIAS DE LA REINA

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuader-
nada, 2050 pesetas.

EL CORAZON DE UN TORERO

ORIGINAL DE

ENRIQUE FERNANDEZ DE LARA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 1750 pesetas.
Encuadernada, 2150 pesetas.

EL JURAMENTO DE UN PROSCRIPTO

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

40 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuader-
nada, 23 pesetas.

LOS DRAMAS DE MADRID

POR

EDUARDO BLASCO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 1250 pesetas.
Encuadernada, 1550 pesetas.

LA CONCIENCIA DEL MALVADO

Y

OTRAS NOVELAS

POR

ENRIQUE RUIZ MONTERO

Un tomo ricamente encuadernado en tela, 5 pesetas.



Ayuntamiento de Madrid

LOS OJOS DE IRENE

Después de algunos días de marcha lenta y fatigosa por ásperos y solitarios caminos, durmiendo á la intemperie ó en las sucias chozas de miserables rancherías, llegué al ingenio de Ramón, oasis en el desierto, nido primoroso medio oculto entre los salvajes arenales, ramillete de odoríferas flores arrojado sobre una sabana inmensa, deshabitada y triste. Todo era grande, ostentoso y bello en la posesión de mi amigo. Lozanos campos, hermosísima vegetación tropical, magnífico hater para la negrada, vastos almacenes, maquinaria poderosa, un jardín rodeando la habitación, y ésta convertida en alcázar oriental, con pisos de mármol, columnas de maciza caoba, anchos corredores adornados con pinturas y estatuas y cubiertos de persianas y de caprichosas cortinas, profusión de aves raras dentro de lindas pajareras, una sala central, ocho gabinetes amueblados con sumo lujo, y el precioso comedor entre paredes de aromáticas y bellas plantas trepadoras. Antes de que se presentara mi amigo me llevaron á un gabinete, en el que hallé cuanto pudiera desear un viajero rico y mal acostumbrado. Colgaduras de otros adornos; de tanto valor como buen gusto.

Apareció Ramón, recibíendome con un estrecho abrazo, me llevó al comedor, donde aguardaba la familia, y dijo mostrándomela:

—Te presento á Irene, mi esposa; á mi primo Juan, y á mis pequeñuelas Rita y Encarnación.

Dos ángeles de cabecita rubia, un mozo fornido y de mirada insolente, y una criolla de *apiñonado* color y de ojos negros como la noche.

La deliciosa impresión que me causó la fisonomía de las niñas y la poco agradable que me hizo el rostro del pariente, desaparecieron en mi corazón, como el relámpago en la nube, arrolladas por el efecto prodigioso de la hermosura de Irene. Me sentí conmovido, y apenas pude contestar á las palabras que me dirigieron, ni sostener la mirada límpida y serena de los grandes ojos de la criolla.

Nos sentamos á la mesa, que parecía puesta para extraordinario festín. Vajilla de plata, gigantescos ramos de flores, manjares exquisitos, y el jugo de las más renombradas vides. Cuatro criados negros, de frac y corbata blanca, servían á la mesa. No faltó el agua helada, saqué delicioso Moka y apuré selectos vengueros. Después de comer, sazonando el agradable ejercicio con amena y chispeante conversación, mi amigo me enseñó la finca.

—Vives como un príncipe en este rincón del mundo,—le dije lleno de entusiasmo.



—Hago lo que puedo,—me respondió con alegría extraña.

Corrió el tiempo agradablemente. La cena fué más espléndida que la comida. Luego jugamos al billar, hasta las diez, y á las once nos retiramos todos á nuestras habitaciones respectivas.

Tendido en el fastuoso lecho, no pude dormir. No soy de los que sienten en su corazón el gusano de la envidia; pero la suerte de mi amigo me hizo envidioso, y soñé despierto con la felicidad que yo hubiera ambicionado. Pensé que yo podría ser el más venturoso de los hombres viendo abrirse en aquel instante la puerta de mi habitación y aparecer la seductora figura que me había trastornado con sus hechizos, y cuando esto pensaba, la puerta de mi habitación se abrió, y en el umbral apareció Irene. Creí volverme loco. El sentimiento del deber y la voz de la amistad se levantaron aterrados dentro de mí, acusándome con enérgicas y amenazadoras palabras. Y á la vez, desencadenáronse mis deseos más arcientes, y me mostraron, á la incierta luz de una lámpara que pendía del techo, las incomparables formas de aquella celestial criatura, cubiertas apenas por velo tenue de blanca muselina. ¿Qué iba yo á hacer? No tuve tiempo de pensarlo. Vi una mano que se apoderaba de la de Irene. La blanca figura retrocedió, cerraron la puerta con sigilo, se oyó un pistoletazo, y después todo quedó en silencio. Poseído del mayor espanto, me incorporé en la cama, sin atreverme á tomar una resolución. Pasó un cuarto de hora, para mí de mortal angustia. La puerta volvió á abrirse y el gabinete se iluminó con la luz de una linterna. La traía mi amigo:

—¿Oíste?, —me preguntó Ramón.

—Sí, —le respondí titubeando.

—Levántate y ven. —Le obedecí en silencio. Salimos, y tropecé con un cadáver. Era el cuerpo de Juan.

—Lo sospechaba, —me dijo Ramón, expresándose con rapidez febril: —se había enamorado de ella, venía aquí á menudo, acechando las ocasiones y creyendo que podría burlarme. Al fin le he sorprendido, y le he muerto.

—¿Y ella? —le pregunté ansioso.

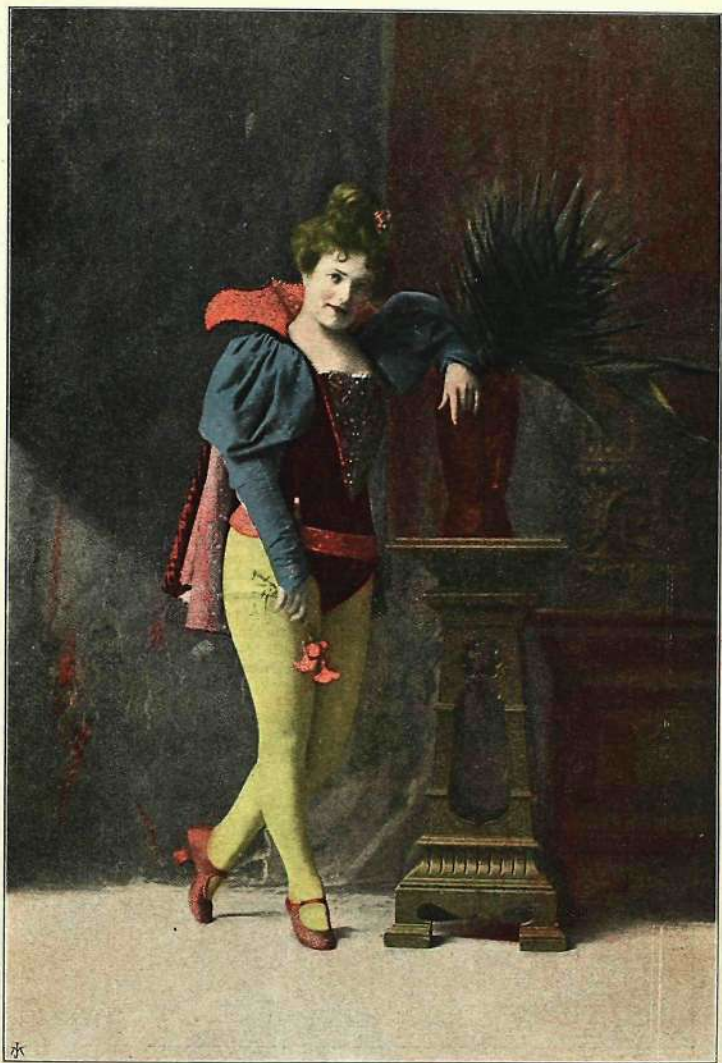
—Se desmayó al despertar, y la llevé á su habitación.

—¿Al despertar, dices?

—Sí; porque mi mujer es sonámbula. Su primo lo sabía y pensaba aprovecharse de ello, pues, de otra suerte, nada podía conseguir. Esto no lo sabrá nadie. Mis servidores callarán, y tú callarás también para no perder á tu amigo. Mas no se rebele tu conciencia, porque este crimen era necesario á la tranquilidad de mi honra. ¡Este como los otros! Tú me creías muy feliz, ignorando cuán desdichado soy. La hermosura de mi mujer es un atractivo fatal: sus ojos infunden involuntariamente las pasiones más tenaces y avasalladoras. Maté á dos hombres en defensa de mi honor, y me alejé de la sociedad para librarme de otros crímenes. Pero hasta aquí me ha perseguido la desgracia. Ya no recibiré á nadie. Lo juro sobre el frío cuerpo de mi víctima. Y tú, noble y querido amigo, vete: no permanezcas aquí ni una hora más: olvida esta aciaga noche, ruega á Dios por un asesino infortunado, y no vuelvas nunca.

Obedecí á Ramón, compadeciéndole con toda mi alma, aunque sin dejar de envidiarle. Desde entonces, cada vez que se apodera de mi memoria el recuerdo de los divinos ojos de Irene, tiemblo, y me acuso de un crimen imaginario, porque comprendo, á mi pesar, (Dios y Ramón me lo perdonen), que yo he de volver al ingenio. X.





TRES CLAVELES Y UNA ROSA

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA

El concierto celebrado el sábado último en el Teatro Lírico por el joven pianista Sr. Montoriol habrá de dejar, sin duda, los más gratos recuerdos en cuantos asistieron, puesto que en él se dió á conocer el expresado artista como una personalidad brillantísima, á la altura de las más celebradas. Discipulo del Sr. Vidiella ha conseguido llegar muy temprano el Sr. Montoriol á donde tardan otros muchos años, lo cual es bastante á demostrar la posesión de facultades extraordinarias. Sobre todo, en la interpretación de la música de Wagner estuvo archisuperior.

Asimismo fué aplaudidísima la celebrada tiple ligera señorita Barrientos, tan querida de nuestro público, la cual hizo primores en el aria del *D. Juan* y en la balada de Margarita, de Schubert.

En suma, el éxito no pudo ser más lisonjero para el Sr. Montoriol, y fué un nuevo triunfo para la distinguida artista que contribuyó á la mayor amenidad del concierto.

Mientras en las ciudades empieza la vida activa que sigue á las imperiosas vacaciones del verano (que no son imperiosas, ni por asomo) resueñan en los campos las coplas de los vendimiadores, el canto de la *Brema*; nada más poético que la *Vendimia*, fuente de inspiración para los artistas y poetas, mas ¡ay! toda la poesía desaparece luego, cuando el zumo de la vid, transformado en vino, bautizado y sofisticado por el tabernero y con-

vertido en horribilísimo breva je se sube á la cabeza ó intoxica el organismo. Triste ejemplo de los males que pueden resultar de una cosa excelente en sí.

Es'e mes de octubre es uno de los más desagradables del año, á pesar de señalar un *renacimiento*. Aparte de sus pesadas bromas atmosféricas le pilla á uno la contribución del segundo trimestre apenas pagada la del primero; los acreedores les presentan á los veraneantes de regreso la terrible liquidación de su descubierta; satisfechas las carísimas matriculas hay que procurarse los libracos de texto, cuyo elevado precio solo suele compararse con lo malos é inútiles que son, en su mayoría; los que tienen la capa en Peñaranda han de pensar en su rescate, y los que solo tienen, y aun deben, la ropa de verano se encuentran... como merecieran encontrarse muchos que van bien abrigados con gabán de pieles. Es un mes de *transición* y con eso está dicho todo lo antipático y nocivo que es.

Háblase de que España va á meterse en camisa de once varas formando parte de una alianza contra Inglaterra, pero sería tan enorme la torpeza que cuesta trabajo dar crédito á la noticia. Lo que debemos hacer es estarnos lo más duermes posible, pues nadie nos ha de dar nada, como no sean disgustos; además de que la tal alianza no debe pasar de ser conversación de Puerta de Tierra. Conque, á otra puerta, caballeros.—KECK



MARÍA BARRIENTOS
DISTINGUIDA TIPLE ESPAÑOLA



LA VENDIMIA DE VINIEGRA

Ayuntamiento de Madrid

LA TERTULIA DE LA ALCALDESA



Pues bien, saber interesa que tiene esta parlanchina una rival muy ladina. ¿Sabéis quiénes? La alcaldesa.

Cuando en decir disparates compite con Doña Julia, la tertulia no es tertulia, es una casa de orates.

¡Qué modo de alzar la voz!

¡Qué manera de argüir!

¡Qué descaro en el mentir!

¡Qué confusión más atroz!

Una terea, otra tenaz, discuten con tal desorden que hacen falta los del orden para ponerlas en paz.

Con pesar de las señoras, Doña Julia, cierta noche, hizo de frases derroche por espacio de dos horas.

Dijo mucho desatino, y no dejó hueso sano

ni á lo divino y humano ni á lo humano y lo divino.

Muda, lo mismo que un poste,

con malicia singular,

la alcaldesa la oyó hablar

sin decir oste ni moste;

y cuando ya su rival

de tanto hablar se cansó

en la amplia sala reinó

un silencio sepulcral.

Estrañando Doña Julia aquella pausa elocuente, exclamó subitamente por animar la tertulia:

—¡Qué reunión más callada!

Hablen, señoras, porque

me disgusta mucho que

no digan ustedes nada.

Y al punto sin vacilar

dijo de irónico modo

la alcaldesa: —Hay que callar.

¿porquede quehemos de hablar

si usted ya lo ha hablado todo?

J. F. SANABRIA Y AGUIRRE

No hay vecino de Minuesa que no diga alguna cosa acerca de la famosa tertulia de la alcaldesa.

Aende á tal reunión,

que la envidia la ha tildado,

de cursi, lo más granado

que encierra la población.

Mucho más que el sexo feo

concorre á ella el hermoso,

el cual en no dar reposo

á la lengua, halla recreo.

Pero el alma principal

de tan célebre tertulia

es una tal Doña Julia,

la señora del fiscal.

Cuando ésta se pone á hablar

de los ausentes en mengua,

su lengua mordaz, no es lengua

es navaja de afeitar,

Y como frases no ahorra

y en murmurar se propasa,

los tertulianos por guasa

le llaman *Doña Cotorra*.



EN LAS FIESTAS DEL PILAR, por Gascón



1. —Al que hay que echar el guante esta noche es al Gavilán, un timador que ha venido de Madrid y dicen que anda disfrazao.



2. Y en esta cuestión pasó por allí el tío Palomo, vecino de Carriñena, que había llegado en el tren de las siete.



3. —No perdamos de vista a este mustraco, tiene todas las señas del Gavilán; me parece que vamos a prestar un gran servicio.



4. Y en seguimiento del baturro llegaron a la taquilla del teatro Principal, donde el Palomo tomó una entrada.
—Ese es el Gavilán, no hay duda.



5. Y pareciendo a los guardias el pasillo del teatro el mejor sitio para detener al supuesto rata, le echaron mano.
—Alto, Gavilán, tú te vienes con nosotros.



6. —¿Gavilán? ¡Je, je! Deja que me ria!
—¿De qué, granaña?
—Redíos! De que no distinguís de aves.



VENGADA

Cuando el novillero *Madroño* se acercó á ella, aquel diablo de Pepa Tez se reía ya como una criolla pagada de su cuerpo.

Desde su primera enaguilla larga había despertado deseos y una vaga impaciencia de verla crecer, y ahora, con diez y seis muy bonitos, marcaban sus gruesos labios y sus caderas orgullosas.

El mala cabeza de su padre, expatriado por su impetuosa fogosidad de canalla *decentito*, paró en un cafetín de Cuba y fué muerto en una pelea de guajiros. Desde entonces, aquella pelca de borrachos de *caña*, que acabó manchando de sangre una mesa de juego, fué el drama culminante de la familia, una especie de era trágica á la que se refirieron en adelante todos los acontecimientos del hogar.

La madre, una gaditana frescota y alegre, que había dado que decir, aunque no mucho, con aquel canalleja, antes de que los ayuntaran como manda Dios, era la que llevaba el canturreo de aquella crónica.

Apasionada por su moro malagueño, que le había hecho sufrir una horrible pasión de andaluz, entre carcajadas y sollozos, noches en vela y hartazgos de manzanilla y boquerones, quedó como alelada á la muerte de su macho y sin fuerzas más que para sus tristes recuerdos:

—Pepa, ¿estamos á lunes?

—No.

—¡Hace cinco años! ¡Parece mentira! ¡Un martes lo mataron!

Y ya no hablaba más.

Pepa creció oyendo siempre lo mismo; la tragedia había entrado de una vez en su casa, abrigán dose allí, prestándole calor y atmósfera, como un rescoldo de cariño lejano y doliente.

Aquel estribillo de todas las conversaciones pintaba con intensidad en la fantasía de las dos mujeres la imagen del muerto, y le veían circular por la calle, contoneando la cintura bajo su capa corta, torera, cuajada de trenillas; ó bien recorriendo la casa en babuchas, en blanqueta, con malos humores de chulo y somnolencias de borracho.

Conservaban objetos de él que reproducían de un modo raro y confuso sus perfiles y su expresión; una guitarra polvorienta, rotos los bordones de platilla y de seda verde; era un cadáver, cuyas armonías gitanas y sollozantes, frescas aun en la memoria, no volverían á sonar; su redondo agujero, con mosaicos de nacar azulesca y rota, parecía una boca petrificada en un grito. La cómoda guardaba discretamente en una gran caja de cartón y bajo antiguos mantones de Manila, que aun oían suavemente á raso y á flores, el machete que él usó en Cuba, y aquello nunca se sacaba de allí, ni se veía sin profundo y religioso respeto. Pero lo que apasionaba más era un retrato de él, una mala copia al carbón, con tintas tan negras que le daban un aspecto pavoroso, algo siniestro en la cabellera atufada y en las ojeras de matón intrépido y adorado por las mujeres. Esto no impedía que se pareciera mucho.

—¡Está hablando! ¡Es una estampita!—decía la pobre vieja de la crónica.

Y en seguida contaba un episodio.

—Dos años antes de que lo mataran, me trajo un pañuelo de bocas...

O bien:

—La misma noche que se embarcó para esa maldita isla... ¡Ay... mal tiro le peguen á Negrón! (Este era el nombre del guajiro). ¡Judío, asesino! Estuvimos en la *Escalerilla*, bebiendo con la Cuenca, y echamos manzanilla en una talla...

Los domingos por la noche era una alegría ver entrar al hermano del muerto, Curro Tez, *conocedor* en una ganadería famosa. El tenía por regocijo, á la vuelta de todos sus encierros, amarrar á la *Zurita*, su jaca de cerrado, en la ventana baja, y subir con su garrocha y su verde botija de aguar-diente, llenando la casa con el vocejón de su pechazo hereúico y con el recio crujir de sus *zajones*, que

Ayuntamiento de Madrid

olían á campo, á trigo, á tierra fértil. Y como vivían en las salas del patio dos banderilleros de la cuadrilla de *Madroño*, que cantaban *soleares* y traían revueltas á las muchachas de la vecindad, apasionadas por los alamares de oro y por las taleguillas de raso, á menudo subía un turbión de juventud alegre, atraído por el aguardiente y la prodigalidad del garrochista.

El matador fué cuatro domingos, sonriente, feliz, llevando á la casa algo de su embriaguez de gloria y el intenso atractivo pasional de su intrepidez horrible delante de los toros.

En aqueillos cuatro domingos se alegró la sala de Pepa con notas de color caliente y nuevo; sobre los viejos muebles y la triste penumbra de las puertas entornadas en medio del día, brilló una moña con su raso chillón y su oro pálido, unas banderillas verde y roja, manchadas con sangre negruzca y recia y una cabeza de toro lucero, de ojos vívidos, el primero que él había matado en plaza grande.

Con aquello empezaba allí el eterno culto, el eterno oficiante, llevando al templo lo mejor que tenía por ofrenda.

Desprendiase de todo aquello la discreta sonrisa de un amor que empezaba ardiente como un amanecer de verano. Veíase en aquello el heroísmo con sus galas de color intenso y sus inmensas ovaciones populares, rodeando á la virgen airosa con una caricia de rendido halago.

Mucho antes de los diez y siete le sobaban á Pepa *rejo* y brío en la persona y ya no hubo secreto. El, de vuelta de uno de sus mayores triunfos, alhajada la pechera de encajes y dominando á su tropa con el brillo de su negro chaquetón de terciopelo, habló á la muchacha un instante junto á los macetones del patio, miraron las demás chiquillas con nerviosa inquietud aquella conversación rápida y decisiva y, á poco, Pepa se desunió con el rostro radiante: ¡triunfaba!

Un estallido de fiesta, de risas alegres, llenaba el patio fresco; todo aquel tumulto rodeaba el nombre de *Madroño* con un incienso de gloria.

Se contaban sus hechos, su niñez humilde en un rincón de la Calleta; leíase en voz alta su biografía publicada por *El Piquero*.

En la puerta una murga tocaba una habanera triste y los lectores de la biografía delectaban desgañitándose. — *Su honrado padre...*

Pepa huyó del patio.

Se había acabado la lectura y se celebraban ruidosamente los hechos de aquel jastialote que había tenido la fortuna de engendrar al novillero.

La muchacha volvió, llamando desde los últimos escalones:

— ¡*Madroño!*

Era un lamento aquella voz violenta y desfigurada; el muchacho acudió riéndose: — ¿Qué te hace á ti farta? Pero vió una larga hoja de acero levantarse sobre su cabeza, y apenas tuvo tiempo de gritar, con un encogimiento instintivo: — ¡Chiquilla! ¿Por qué...?

Se oyó el cimbronazo del machete en los huesos del cráneo, con la vibración metálica de un mache-tazo de carnicero; el cuerpo cayó de espaldas, como derribado por el ronco silabeo de Pepa:

— ¡El hijo de Negrón! ¡Judío, asesino!

Dió un rodillazo en la charca de sangre y, agarrándose á los mechones de aquella frente rota, besó brutalmente una boca abierta, blanquiza, exangüe ya.



ADOLFO LUNA

Ayuntamiento de Madrid

FUENTES DE INSPIRACIÓN

Congregados varios vates
en torno de una lujosa
mesa, conversan alegres
con damas encantadoras
que el rico vino de Chipre
vierten en doradas copas,
cuando de pronto una joven,
del talento admiradora,
las frentes de los poetas
con fresco laurel corona,
y exclama con voz más dulce
que las argentinas notas
que arranca el bardo á su guzla
en las noches silenciosas:

—Decid, poetas ilustres,
que en inmortales estrofas
rendis culto á la belleza
en sus diferentes formas,
¿cuál es la fuente que inspira
vuestras fantasías locas?

—La madre Naturaleza,—
responde un vate,—es la diosa
que inspira siempre mi numen
y hasta el cielo lo remonta.
En las noches del Estio
pláceme admirar la bóveda
celeste, y con los millares
de estrellas que la tachonan
compone mi pensamiento
canciones, sonetos y odas.

—Yo bebo la inspiración
llevando el vaso á mi boca,—
dice otro vate, apurando
del vino la postrer gota.—
El dulce vino de Baco,
con fuerza arrebatadora

exalta mi fantasía,
la cual vuela caprichosa
por los mundos ideales
que ella embustera se forja.

—A mí me inspira el tabaco,—
dice un tercero,—su aroma
me deleita, y cuando miro
elevarse el humo en ondas,
que en el espacio se pierden
como fantásticas sombras,
en mi cerebro se agitan
mil ideas estrambóticas.

—¿Y tú?— pregunta la dama
acariciando la blonda
cabellera de un mancebo
de mirada melancólica
que suspenso, embebecido,
la escucha con su alma toda.—

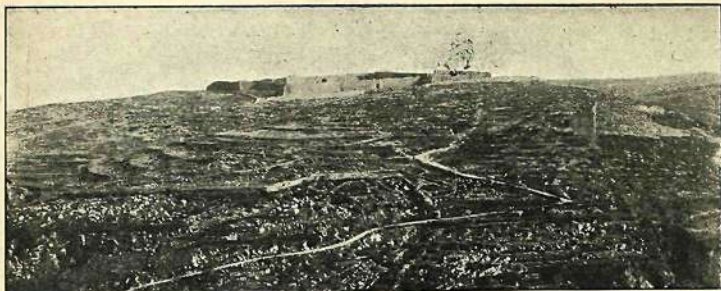
¿Dónde la inspiración bebes?
Y el joven dice: —Señora,
si rendis culto al amor
ceñid mi frente de rosas;
porque yo de Dios me inspiro
en las más perfectas obras.

Poeta de sentimiento
para cantar tiernas trovas
no busco la inspiración
en el fondo de la copa,
ni en el humo que se extingue,
ni en la magnífica bóveda
celeste, ni en las estrellas
brillantes que en ella flotan.
Las estrellas que me inspiran
no son menos luminosas:
astros son que me deslumbran,
me fascinan y enamoran,
porque me inspiro en los ojos
de las mujeres hermosas!

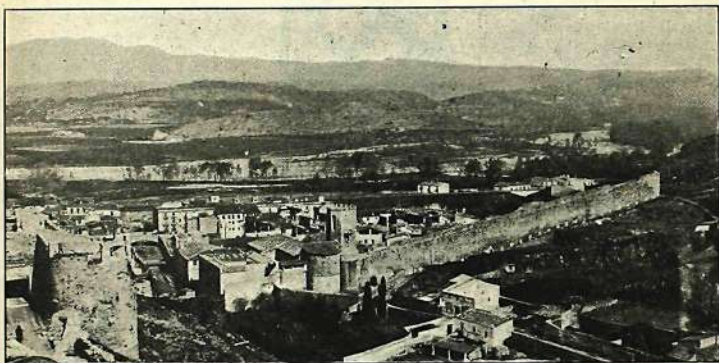
J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



GERONA



CASTILLO DE MONTJUICH



EL BARRIO DE SAN PEDRO



LA PUERTA PRINCIPAL DE ALVAREZ

Ayuntamiento de Madrid

LA CUESTIÓN DEL TRANVAAL

Ve Inglaterra acercarse el día en que deba renunciar a la dominación de la India, y compensar su imperio con otro vastísimo dominio sud-africano; pero resulta que se oponen á ello las miras de aquellos habitantes. Los colonos del Cabo y del Natal, en efecto, aspiran á su completa independencia, al grito de *¡Africa para los afrikanders!* y se proponen constituirse en sendas repúblicas que, federadas con la del Transvaal y el Estado libre de Orange constituirían los *Estados Unidos sud-africanos*. Esto es lo que quiere impedir el gobierno y de ahí su empeño de acabar con el Transvaal, que es el Estado que ejerce, por decirlo así, la *hegemonía* en el Africa Austral.

Todas las simpatías están á favor de los *Boers*, pero no hay que forjarse ilusiones: serán vencidos. No importa tener razón ni ser valiente para alcanzar la victoria. Reciente está aún la lucha de los griegos contra los turcos; ganaron éstos, á pesar de las ardientes simpatías que acompañaban á los helenos. Sin echárselas de Daniel ni de Baruch puede profetizarse que en la contienda, si llega á estallar, por desgracia, ganará la pérdida Albión.

Pensar de otra manera es dejarse llevar de nobilísimos, pero infundados deseos.

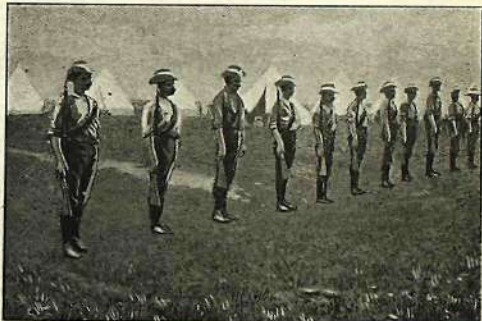
El derecho, desdichadamente, no tiene nada que ver, por lo común, con el triunfo.



GENERAL REDVERS BULLER
GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL CABO



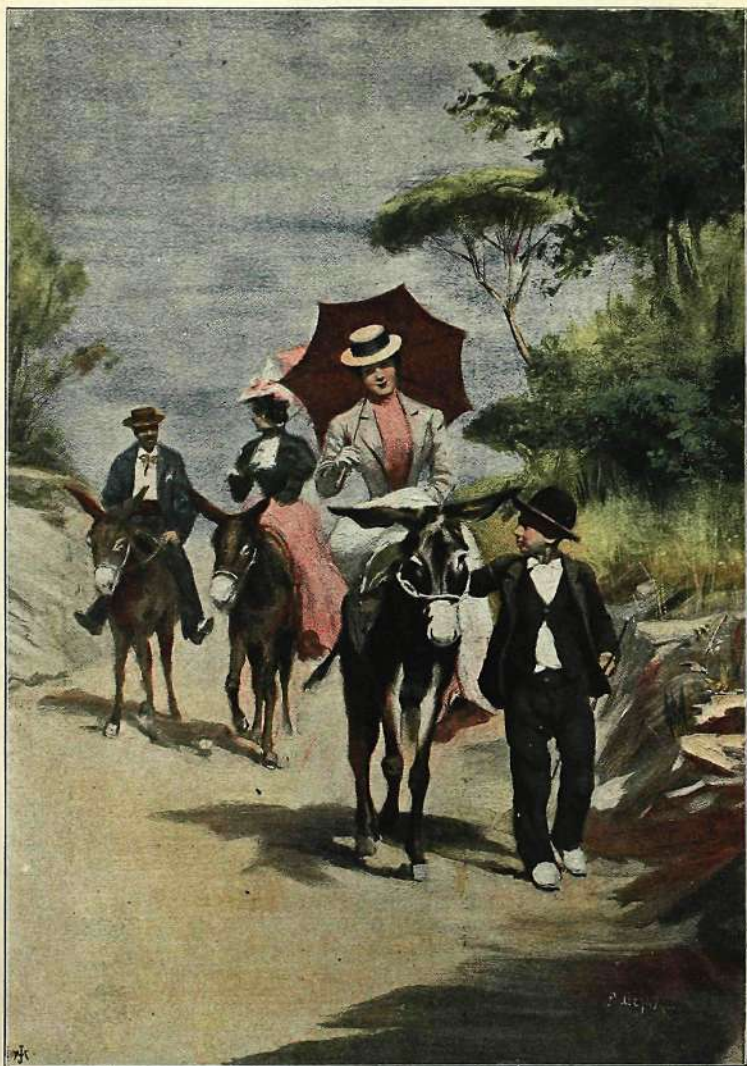
EL SEÑOR STEYN
PRESIDENTE DEL ESTADO LIBRE DE ORANGE



BOERS PASANDO REVISTA DE ARMAMENTO



BOERS TIRANDO AL BLANCO



UNA EXCURSION

Ayuntamiento de Madrid

Ki-Ki Ri-Ki



(HISTORIA DE UNA GALLINA CONTADA POR ELLA MISMA)

—Rompi con el pico aquel envoltorio blanco, dentro del cual me podía apenas revolver, y me encontré de pronto en el rincón de un corral, á cuerpo gentil y en pleno mes de diciembre.

Allí había mucha gente menuda, como yo que piaba, piaba, corriendo de aquí para allá sin rumbo fijo; pero lo que más me llamó la atención fué un señor guapo y muy buen mozo que daba voces en lo alto de una viga diciendo no sé qué cosas.

Aquel señor, que parecía el amo del corral, debía ser un republicano de caballería, porque llevaba espuelas y un gorro frigio muy colorado, que le daba un aspecto arrogante y provocativo.

Poco á poco, y con el ejemplo, fui aprendiendo muchas cosas; picaba en todas partes, como hacían los demás; me acostaba al oscurecer y me levantaba muy temprano, y al poco tiempo me encontré vestida con un traje de plumas negras que me sentaba muy bien, y como hecho á mi medida.

¡Cuántas horas he pasado mirándome en el fondo de una cazuela de agna que había en el suelo!

Una tarde, era el día de Nochebuena, poco antes de anochecer, se me acercó un pollo muy joven, pero muy presumido, en el que yo me había fijado varias veces por el horror que tenía al tomate.

—Amiga mía, —me dijo, —hace tiempo que tengo grandes deseos de hablar con usted reservadamente.

Yo hice como que me ruborizaba, y me acerqué más al pollo para escuchar mejor.

Pero ¡ay! De repente, aquel señor del gorro frigio se interpuso entre nosotros exclamando con modales de sultán:

—¡A ver á cuál de los dos le aprieto el gañote!

El pollo se quedó helado, yo me retiré prudentemente, y por el momento no pasó más.

Serían las doce de la noche; estábamos todos recogidos.

Es decir, menos el republicano, que, según se

dijo en el corral, había ido á la misa de no se qué gallo amigo suyo.

¡Yo que creí que los republicanos no oían misa! El pollo aprovechó su ausencia y me declaró su amor.

—Corre usted demasiado, querido pollo.

—Es que todas las señoritas da este corral tienen muy mala fama y por eso temo un desengaño.

—No tema usted nada.

Y, en efecto, me enamoré como una loca y le quería mucho.

¡Poco duró nuestra felicidad!

Al pollo le vendieron, por intrigas de mis amigas, á un posadero de la Mancha que no tenía re-

loj y quería que le llamasen temprano.

Yo no pude resistir tan temiendo golpe y caí mala.

La tristeza me quitó hasta las ganas de comer y llegaron á serme indiferentes el trigo y el maíz.

Me trajeron un médico muy célebre, que le llamaban el señor Albeitar; me reconoció, me abrió la boca, me tomó el pulso, y, por fin, dijo que tenía una pepita dentro.

¡Y no era verdad, por que á mí no me gustaba el melón!

Lo cierto fué que decidieron enviarme á Madrid para cambiar de aires, y atada cruelmente por las patas me llevaron á la estación del pueblo donde hallé una infinidad de chicas conocidas, que por lo visto también tenían algo dentro.

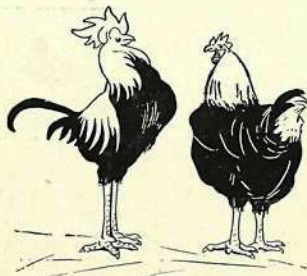
A todas nos metieron en un canasto cerrado con red y con un rótulo que decía: *Madrid.—Gran velocidad.*

En efecto, salimos de la Mancha aquella tarde, y á los doce días llegamos á la corte, admirándonos todas de lo que corrían aquellos coches que parecían jaulas.

En el camino, me hice íntima amiga de una gallina ciega que llevaba antiparras verdes para disimular su desgracia.

Iban además otras con distintas afecciones.

¡Pobrecitas! ¡Cuánto lloraron en el viaje!



Ayuntamiento de Madrid

En fin, nuestro canasto lo escondieron en un coche de equipajes, acaso para resguardarnos del frío. A las cuatro ó seis horas, ya bien entrada la noche, vino un hombre de malas trazas, se colocó el canasto sobre el hombro y salió de la estación, dando muchas vueltas y por sitios que no había alma viviente.

Digo, sí; en una garita había unos hombres que les dijeron al que nos llevaba:

—¡Anda listo, que viene el cabo!

Después nos dejaron en la portería de una casa muy grande, que á mí me parecía un hospital.

Tanto, que pensé: — Justo. ¡Nos traen á curarnos!

Y entró un caballero con gabán de pieles que nos estuvo reconociendo primero, y que dijo después:

—¡Bueno! Pues estas dos, — por mi amiga y por mí, — á casa.

—¡Ah! — exclamé. — Venimos recomendadas; nos llevan á una casa de salud.



¡Sí, sí, de salud!

Al principio parecía muy buena gente la de aquella casa, y eso que había un niño, de cuatro ó cinco años, empeñado en enseñarnos á hacer volatines en un trapezio colocado en el pasillo. ¡Dios mío, que herejías! Pues... ¿y los niños de la vecindad?

Uno nos arrebatata las plumas más largas del traje para ponérselas en la gorra, otro nos encendía la cola con cerillas; el de más allá nos soltaba el *Sulirán*, un perro incivil y descarado, que nos perseguía por toda la casa, entre las carcajadas de los chicos... y los grandes.

Y no fué esto lo peor. Lo peor fué que una mañana, el ama y la cocinera estaban preparando un crimen.

La cocinera, sobre todo, me inspiraba un miedo terrible; cada vez que yo la veía afilar aquel cuchillo tan largo en el borde del fogón, se me ponía la carne de gallina.

—Esta, esta, — decía el ama, refiriéndose á mi amiga, — parece más vieja y hará mejor caldo.

—Bueno, señorita; ¿quiere usted que haga después una pepitoria?

Y no quise esperar más. Al oír aquello de pepitoria, se me pusieron las plumas de punta; comprendí que la cosa también iba conmigo, recordé las palabras del señor albeitar, y dando un salto, gané la ventana de la cocina, me arrojé al patio y atravesé el portal como quien huye del sitio de una catástrofe.

—¿Y ahora, que hago yo? — dije al verme libre y sola en medio de la calle.

Pensando en mi porvenir discurría por calles y plazas, cuando acerté á pasar por un salón de peinar señoras. Una jovencita arrojaba á la calle en aquel momento algunos recortes de cabellos de distintos colores.

¡Oh, idea salvadora! Los recogí cuidadosamente del suelo; logré arreglarle un moño airoso y multicolor y me lo puse en la cabeza con un poco de cola robada al cacharro de un carpintero, que lo tenía á calentar en medio del arroyo. Y en seguida me dirigí al reservado de aves de Retiro.

—¡Chist!..., ¡Chist!... ¡Eh!... ¿Dónde va usted? ¿Trae usted tarjeta? — me dijo un guarda, con muy malos modos.

—No, señor; pero desco que me den ustedes hospitalidad en este jardín. Vengo de muy lejos.

—¿De dónde viene usted?

—Pues... ¡no es por ponerme moños, pero vengo de Guinea!

—¡Ah! Pase usted.

Atravesé una verja de hierro, entré por una calle de árboles que tenía jardín por ambos lados y me detuve en una empalizada, á través de la cual ví un grupo de *paisanas* que paseaban contoneándose, satisfechas de su linajuda estirpe.

Y, ¡oh agradable sorpresa!, encima de la chocita de unos patos estaba el reloj del *posadero*, mi antiguo amante, airoso y gallardo, que también se había hecho republicano.

Se fijó un instante, me reconoció en seguida, y exclamó:

—¡Ki-ki-ri-ki! — Que traducido al lenguaje de nuestros verdugos, quería decir: — ¿Tú por aquí?

Y aquí me tienen ustedes disfrutando una vida dichosa, gracias á que, en opinión de aquella señorita, mi desgraciada compañera de viaje por ser más vieja había de hacer «mejor caldo que una servidora.»

(Dibujos de Poveda)

ENRIQUE LOPEZ MARIN



Ayuntamiento de Madrid

EPITORIA

LOS PATOS

Los patos son una de las aves domésticas más productivas y de las que con mayor facilidad se alimentan.

Estas aves son poco delicadas en cuanto al alimento que toman y por ende contribuyen a la limpieza de los corrales.

Todo lo que necesitan es que se les dé comida en abundancia, sea de la clase que fuere.

Otra de las ventajas que poseen es que pagan bien por la comida que se les da, pues no solamente crecen pronto y crían mucha carne, sino que las hembras ponen con la mayor regularidad un huevo cada día, por espacio de cuatro ó cinco meses mientras que las gallinas solo ponen un huevo cada dos días.

El alimento principal de los patos debe componerse de patatas, nabos, zanahorias y otras raíces que, además de ser voluminosas, cuestan poco.

De vez en cuando una masa compuesta de partes iguales de salvado, avena molida y harina de maíz. Esto y las raíces de que ya hemos hablado, se les puede dar alternadamente todos los días si es necesario.

Los patos son extremadamente tímidos, y por lo mismo los criados deben cuidar de que no les espanten los perros u otros animales.

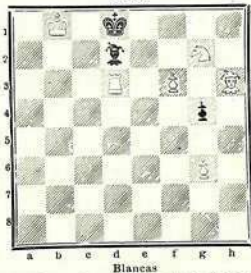
Aunque los patos son anfibios y aprecian mucho el agua cuando la tienen en abundancia para poder bañarse y nadar, esto no es, sin embargo, un requisito indispensable para la cría, pues puede muy bien tenerse sin poner a su disposición más agua que la que necesitan para beber.

En cuanto a las variedades de patos, son muchas las que hay y cada una de ellas cuenta con partidarios que la prefieren por alguna de sus cualidades.

Problema de ajedrez núm. 12

POR Y. S.

Negras



Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas

Las más generales son la Rouen, la Pekin, la Cayuga, la Alysbury y algunas otras.

De éstas la Rouen es la más bonita por su plumaje, pero la Pekin es la más productiva, tanto en carne como en huevos, y la que más fácilmente se cría.

Esta variedad se distingue de las otras, porque tiene el plumaje de un color blanco ligeramente amarillito y el pico de color amarillo muy subido.

CONSERVACION DE LAS CARNES

Hé aquí un procedimiento que puede ser utilizado ya durante los grandes calores, ya en los pueblos donde sólo se sacrifica una vez a la semana. Los trozos de carne se colocan en el fondo de una gran tinaja y se les carga de piedras bien limpias. Hecho esto se llena de leche la tinaja, de manera que la carne quede completamente cubierta. La leche se cuaja al día siguiente, pero no importa. Cada día se saca la carne necesaria para el consumo, y al cabo de una semana la leche cuajada es distribuida a los cerdos.

La carne no adquiere ningún mal gusto, antes bien, mejora y se pone más tierna. Por supuesto que la tinaja debe hallarse en un lugar bien fresco, sótano ó bodega.

El abogado Piaveda va a encontrar a su médico.

— Doctor, estoy muy enfermo.
— ¿Qué le pasa a usted?
— Siento un fastidio mortal.
— Es que se escucha usted demasiado cuando habla.

CHARADA

Mi primera es un prefijo de los más comunes que hay; y unidas primera y cuarta son planta medicinal que diz cura las jaquecas. Quinta es nota musical, y es sexta el carnero, el buey, el cerdo... ¿a que decir más? Ya dos que todo lo explico. Quien des tercera quinta va no dirá que va desnudo. Quizás pronto caerá una nube de mi todo sobre este país, y ¡ay! ¡ay de los contribuyentes! ¡ay del pobre puejalar!

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

AMARGOS

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Charada.—Bubónica.
Jerooglífico comprimido.—Notario.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid